

# BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

## DE TOLEDO.

### PARTE OFICIAL.

#### MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.

La Reina (Q. D. G.), en despacho ordinario del día 20 de Junio, se ha dignado nombrar para los curatos que á continuación se expresan, en las diócesis de Toledo, Tarragona, Gerona y Córdoba, á los sugetos siguientes:

#### *Diócesis de Toledo.*

Para el curato de Illescas á D. Vicente Zamora.

Para el de Pinto á D. Manuel Clemente del Cerro.

Para el de Vallecas á D. Pedro Antonio Salas.

Para el de Casarrubios á D. Eusebio del Pozo Torreño.

Para el de Navahermosa á D. Angel Garcia Calzadilla.

Para el de Cedillo á D. Victor Muñoz.

Para el de Santa Cruz de Retamar á D. Ramon Teodoro Valle.

Para el de San Felipe de Bribuega á D. Mariano Galvez.

Para el de Cebolla á D. Higinio Rosado.

Para el de Valdemorillo á D. Mariano Fortuño.

Para el de Añover de Tajo á Don Cayetano Jimeno.

Para el de Balconete á D. José María Roldán

Para el de Yuncler á D. Lázaro Prieto y Celada.

Para el de Talarrubias á D. Agapito Romano y Aceituno.

Para el de Valdarachas á D. Victor Lazcano.

Para el de Nombela á D. Félix de Francisco de Leito.

Para el de Mohedas á D. Pedro Ruiz.

Para el de Atanzon á D. Tadeo Martinez.

Para el de Peal de Becerro á D. Andrés Eloy Peralbo y Blanco.

Para el de Huerta de Valdecarábanos á D. Julian Alcázar.

Para el de Cobisa á D. Juan Muñiz y Arias.

Y para el de Belmonte de Tajo á Vicente Garóz.

#### *Diócesis de Tarragona.*

Para el curato de Espluga de Francolí á D. José María Catalá.

Para el de Altafulla á D. José Roca.

Para el de Vimbodi á D. Ildesonso Martí.

Para el de Vilanova de Escornalbori á D. Francisco Espigó.

Para el de Albiol á D. José Corbella.

Para el de Pobla de Cierols á Don Antonio Vidal.

Para el de Villanova de Prades á D. Pedro Rodon.

Para el de Fullea á D. Luis Mateu.  
 • Para el de Morera á D. Fructuoso  
 Brichfeus.

*Diócesis de Gerona.*

Para el curato de San Feliú de  
 Guixols á D. Cayetano Geones.

Para el de Torrella de Montgri á  
 D. Pedro Nogaredo.

Para el de Malgrat á D. Juan Boch.

Para el de Castellón de Ampurias á  
 D. Buenaventura Lapedra.

Para el de Palamós á D. Manuel  
 Reverter.

Para el de Amer á D. Ramon Fá-  
 brega.

Para el de Hostalrich á D. Tomás  
 Bosch.

Para el de Riudellonts á D. Jaime  
 Quer.

Para el de Molló á D. José Saqués.

Para el de Armentera á D. Ignacio  
 Sureda.

Para el de Angles á D. Antonio  
 Domingo.

Para el de San Cristóbal las Fonts  
 á D. Narciso Ferrer.

Para el de Puigpardinas á D. Isi-  
 dro Vila.

Para el de Vilasacra á D. Jaime  
 Perez.

Para el de San Martín de Llemana  
 á D. Lorenzo Puig.

Para el de San Clemente de Amer á  
 D. José Torrens.

Para el de Masanas á D. Ramon  
 Fonseca.

Para el de Calabuig á D. Salvador  
 Moy.

Para el de Castellar de la Selva á  
 Don José Oriol.

Para el de La Mianá á D. Raimun-  
 do Prat.

Para el de Torun á D. Pedro Au-  
 bers.

Para el de Garrigas á D. Miguel  
 Noguera.

Para el de San Vicente de Camós  
 á D. Martín Bartrina.

Para el de San Martín Lapresa á  
 D. Pedro Viñas.

Para el de San Cipriá dels Als á  
 D. Francisco Pujol.

Para el de Canet de Adri á D. Juan  
 Vert.

Para el de Bascaras á D. Agustín  
 Borchuconas.

Para el de Fallinas á D. Pedro Fa-  
 rat.

Para el de Vilahus á D. Francisco  
 Guillamet.

Para el de Llufrin á D. Salvio Coll-  
 boni.

Para el de San Andrés Salomá Don  
 Jaime Coronas.

Para el de Reinors á D. Francisco  
 Turros.

Para el de Arens de Ampurdá á  
 D. José Bramou.

Para el de Garrigolas á D. Lorenzo  
 Llovera.

Para el de San Clemente de Peralta  
 á D. José Masllorens.

Para el de San Acisclo de Ampurdá  
 á D. Ramon Tarafa.

Para el de las Serras á D. Isidro  
 Torres.

Para el de Palol á D. José Ametller.

Para el de Crenilles á D. Juan Mo-  
 ret.

Para el de Esponella á D. Miguel  
 Ferrer.

Para el de Ballobrega á D. Jaime  
 Juan.

Para el de Llorá á D. Juan Ordeix.

Para el de Orfans á D. Estéban  
 Busquets.

Para el de Palausardiaca á D. Jo-  
 sé Castelló.

Para el de Mieras á D. Rafael Llor.

Para el de Regencos á D. Tomás  
 Maisal.

Para el de Viladenú á D. Antonio  
 Gumá.

Para el de San Pol de La Bisval á  
 D. Tomás Casas.

Para el de Torrent á D. Miguel Su-  
 reda.

Para el de San Pedro Cercado á Don  
 Juan Delgar.

Para el de La Estela á D. Juan  
 Rivas.

Para el de Vallcanera á D. Pedro Casadevall.

Para el de Parlabá á D. Mateo Cadanet.

Para el de Santo Tomas de Fluvia á D. Juan Torrent.

Para el de La Sala á D. Rafael Casas.

Para el de San Cipriá de Lladó á D. Bartolomé Pascual.

Para el de Mareña á D. José Portas.

Para el de Cabanellas á D. Miguel Coderch.

Para el de Santa Margarita de Viña á D. Juan Planas.

Para el de San Aeriol de Finestras á D. Jacinto Massó.

Para el de San Pedro Aspuig á Don Miguel Serrano.

#### *Diócesis de Córdoba.*

Para los curatos del Sagrario de Córdoba á D. Pedro García Llergo, Don Bartolomé Madueño y Don José Benitez.

Para los de Cabra á D. Juan Manuel Reina, D. Agustin Moreno y D. José Redel.

Para los de San Bartolomé de Montoro á D. Joaquin Ramirez y D. Ignacio Quintana.

Para los de Castro del Rio á D. Rafael Azpitazte, D. Diego Medina y Carravaca y D. Salvador Alcaide.

Para los de Fernan-Nuñez á D. Juan Solis, D. José Varo Duran y D. Francisco de Paula Luque.

Para los de la Hinojosa á D. Juan Castellano y D. Rafael Cruz Heredia.

Para los de Pozo-blanco á D. Miguel Rodriguez Chacon y D. Vicente Sanchez.

Para los de Santa Ella á D. Juan Lucena y D. Juan Gomez.

Para los de Doña Mencía á D. Manuel Enriquez, D. Rafael Ruiz de Pedrajas y D. Francisco Heredia.

Para los de Torrecampo á D. Eugenio Peralbo y Cabrera y D. José Romero Valero.

*(Gaceta de Madrid núm. 188.)*

## PARTE NO OFICIAL.

SERMON PREDICADO POR EL P. FELIX, JESUITA, EN LA CATEDRAL DE PARIS, EL DIA DE PENTECOSTES.

*Infirma mundi elegit Deus et ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt destrueret.*

Dios ha elegido al débil para confundir al fuerte; ha elegido lo que no es, para destruir lo que es. (1. Cor., 1. 27. 28.)

Hermanos míos, cuando cualquier potencia ha quebrantado por medio de una repentina sacudida un imperio, una sociedad, procuramos investigar con curiosa mirada el abismo que ha abierto, y las fuerzas ocultas de que fué manifestacion este movimiento. ¿Qué sería, pues, hermanos míos, si una potencia misteriosa hubiera quebrantado repentinamente, no tan solo un imperio, sino el mundo entero? Si se hubiera apoderado de la humanidad desde la cúspide á la base, y penetrado por su accion hasta en sus mas lejanas profundidades? ¿si la revolucion que ha hecho se hubiera sentado sobre las ruinas de lo pasado, si se hubiera apoderado del tiempo y de la inmortalidad, de tal manera, que el mundo entero fuese impotente en adelante para hacerla retroceder? ¿Y si el que habia sido autor de este gran movimiento, no fuera para nosotros una persona estraña, un desconocido, un indiferente, sino que fuera un hermano á quien amásemos, un bienhechor á quien bendijésemos, un maestro á quien adoráramos? ¿Con qué legítima curiosidad, hermanos míos, no trataríamos de saber cómo y por qué medios se cumplió esta gran transformacion?

Hermanos míos, hoy celebramos el aniversario del cristianismo, fundado sobre las ruinas del paganismo sobre los restos del antiguo mundo; un nuevo mundo que se levanta y cuyo sol luce todavia sobre nosotros.

¡Oh, hermanos míos, qué cosa tan

grande! ¿no tenéis curiosidad en saber cómo ha podido obrarse un prodigio tan admirable? Parece que tenéis curiosidad de conocerlo, y por esta razón he concebido la idea de corresponder á vuestro deseo respondiendo á esta pregunta: ¿por qué medio ha hecho el Salvador del mundo esa gran trasformacion del género humano, de cuyos frutos gustamos todavía?

Es propio de la accion divina el producir con la nada, sobre la nada y por la nada. Pues bien, al establecer Jesucristo un mundo nuevo sobre las ruinas de un mundo antiguo, ha obrado verdaderamente con la nada. Bajo la triple relacion, ha elegido la nada; es decir, lo que no existia, para destruir lo que existia: *Elegit ea quæ non sunt ut ea quæ sunt destrueret*. Y con esto ha probado para siempre, que es verdaderamente Dios. Ahí tenéis, hermanos míos, el asunto de esta instruccion.

El asunto es dogmático, y no se relaciona sino de lejos con la práctica ordinaria de la vida; però es saludable en las grandes solemnidades de la iglesia dar expansion á nuestras almas católicas en ese gran sol de la demostracion. No voy á repasar mas que un solo rayo; observadlo bien, es un pequenísimo punto de la demostracion lo que voy á entablar, puesto que voy á hacer resultar la divinidad de Jesucristo, tan solo de la eleccion de los medios que ha empleado para convertir el mundo. Y sin embargo, si invocado el Espíritu Santo por nosotros, me concede la gracia de comunicaros la plenitud de mis convicciones, parece que os llegará de este punto tan estricto, suficiente luz para bendecir á Dios, para dar gracias al cielo de ser hijos de una religion que posee tan numerosas y tan brillantes demostraciones. Esto es lo que vamos á pedir al Espíritu Santo, por mediacion de María.—*Ave María*.

Nuestro Señor Jesucristo se manifiesta á Dios, hermanos míos, con sola la eleccion de los medios empleados para trasformar la humanidad, porque por la eleccion de estos medios dá á la sabiduria y á la fortaleza humanas un méntis verdaderamente divino. Tal es el asunto de este discurso.

Cualquiera que trate de obrar un gran movimiento en la sociedad, en la humanidad, necesita de tres cosas: una fuerza, un punto de apoyo, una manera de accion. Necesita fuerza, porque la fuerza es quien produce el movimiento; necesita un punto de apoyo, porque la fuerza sin el punto de apoyo cae en el vacío y no produce nada; necesita, en fin de un modo de accion, una especie de estrategia, si se trata de conquista, una manera de accion, para hablar, si queréis como la ciencia, una manera de aplicar la fuerza al punto de apoyo. Si llega á faltar una de estas tres cosas no hay resultado. Pues bien, nuestro Señor Jesucristo eligió para cambiar el mundo la fuerza de la nada; eligió como un punto de apoyo la nada, eligió la accion de la nada, y por medio de estas tres nadas, que constituyen una sola, pudo levantar el mundo, y ha demostrado que era Dios.

Y en primer lugar digo que ha elegido efectivamente lo que podemos llamar la fuerza de la nada, ó si queréis, la nada de la fuerza. Cuando quiere producirse un movimiento en el mundo físico, se necesita una fuerza material: cuando se quiere producir un movimiento en la humanidad, se necesita de una fuerza humana, y la fuerza humana somos nosotros, es el hombre. Por consiguiente, la primera cosa necesaria para una gran reforma, es un hombre, un hombre en primer lugar, y después los hombres; un hombre que sea el jefe, que sea el ministro, un hombre que conciba la idea y la resolucion; hombres que propaguen la idea y que ejecuten la resolucion. Mirad bien en la historia y observareis que nunca marchan las cosas humanas sin el concurso

de un hombre que es el jefe, y de otros hombres que son los ministros.

Se necesita en primer lugar un hombre; hermanos míos. Siempre vereis que un gran movimiento social ó religioso, bien sea un movimiento de revolucion ó de restauracion, no se hace verdaderamente eficaz, y sobre todo permanente, sino con la condicion de reasumirse mas ó menos en un hombre. Así tambien cuando Dios quiere obrar uno de sus movimientos y hacerle eficaz, prepara espresamente un hombre. ¿Quién debe ser este hombre? Ese hombre debe ser mas alto que la multitud para dominarla, y debe ser mas fuerte para someterla. Mas sea quien fuese un hombre, es siempre un ser pequeño y débil; es de necesidad que este hombre sea llevado por los acontecimientos, y que tenga á su favor el poder de la opinion. Necesita tener en su reputacion una potencia moral, una potencia que le fortalezca. Es preciso, por consiguiente, que tenga alrededor de su cabeza la aureola de alguna gloria, gloria de genio, gloria de virtud, gloria de nacimiento, gloria de conquista, en fin, es preciso que tenga una; es preciso ese poder misterioso ante el cual se prosterna el pueblo sin saber demasiado lo que adora, y al que obedece sin que aun tenga necesidad de mendarle. Para decirlo todo en una palabra, necesita prestigio. El prestigio, y el preparar una potencia misteriosa de prestigio, es la gran sabiduria de los hombres que quieren obrar grandes movimientos, con el fin de asegurarse por este medio, con el asentimiento de las muchedumbres, la concurrencia de sus fuerzas. Eso es lo preciso.

Ahora pregunto ¿qué ha hecho bajo este aspecto el regenerador del mundo? Su designio, bien lo sabeis; quiere arrancar á la humanidad entera sus ideas, sus costumbres, sus dioses, para prosternarla en la fé, en el amor y en la adoracion. Esto es lo que quiere. Es preciso por lo tanto que disponga personalmente del mayor poder que

pudiéramos imaginar, del mayor poder moral que podamos concebir; esto es incontestable. Pregunto ¿dónde está este poder moral, donde está el prestigio de que se ha rodeado? Antes de morir, ¿cosa inconcebible! no solamente no busca nuestro divino maestro una gloria para adornarse con ella ante la multitud, no solamente no busca el ascendiente de esa fuerza moral, sino que se diria que pone una tenacidad eminentemente inconcebible en despojarse él mismo de esa gloria que se concedia naturalmente á los Taumaturgos. Nuestro divino Salvador habia hecho milagros: se hallaba hasta entonces rodeado de cierto prestigio, pues bien veis que hacia el fin de su vida, trabaja él mismo por despojarse de él; él mismo hace caer en cierto modo esa aureola de su gloria. A medida que adelanta en la carrera, su consideracion va decreciendo, y diriais que su gloria es como un sol en el periodo de su declinacion. Su triunfo en Jerusalem, es el último albor de su gloria que se estingue. Y él es la mas bella personificacion de la verdad, del amor, de la virtud, la figura mas bella de la historia; y obrará de modo que al fin de su carrera en el movimiento decisivo sobre todo, no encontrará ya mas que esa cosa que basta á hacer fracasar los designios mas notables, á hacer caer el mayor poder. ¿Cual es? El desprecio! Vá á morir despreciado, él, que bien pronto ha de ver á la humanidad entera de rodillas ante su divinidad, vá á morir despreciado! La última hora de su vida, hermanos míos, no será solamente la tragedia de su sangre vertida, sino tambien el deshonesto drama del oprobio en que, para saciarle, se abrirán á la vez todas las fuentes de la ignominia; y el que va á ver desde luego al género humano prosternado ante si, será visto en su última hora subido al Trono de la infamia, con un malvado á su izquierda y otro á su derecha y él en medio, reputado como el mas malvado de los tres. *Inter sceleratos reputatus est.*

Y esa muerte y ese oprobio, los ha querido uno y otro, porque predijo su muerte y predijo su infamia. ¿Es esto concebible? ¡Qué! el que pretende someter el cielo y la tierra á la dominacion de su palabra, ¿consiente en rodearse en su última hora no con la aureola de la gloria, sino si puede emplearse esta espresion, con la aureola del desprecio? Sí, él mismo trabaja en coronarse con un desprecio soberano; él ha hecho caer toda su gloria, y él mismo ha mandado á la ignominia que sellase la losa de su sepulcro. Miradle en la tumba; y le vereis como gefe del gran movimiento que quiere operar: él no es verdaderamente nada, él es la nada. Porque en fin, ¿qué es humanamente hablando en esa tumba? ¿un hombre? menos que esto: un cadáver, y aun un cadáver deshonrado. ¡Gran Dios! y de esta nada, y de este cadáver, y de esta tumba es de donde se pretende que salga la fuerza divina, que va á prosternar el Universo ante su corona de espinas y á humillar á los mas arrogantes ante sus sangrientos pies. ¡Oh maestro! veo salir del fondo de la tumba una luz divina! ¡Oh! no sois hombre; los hombres no obran así. Sí, sois verdaderamente el Cristo; sois el hijo de Dios.

Pero, hermanos míos, yo decía que no basta un hombre para hacer grandes cosas, un hombre que sea gefe; son precisos hombres que sean ministros. Pues bien, suponed que nuestro Señor se halla rodeado verdaderamente de ese poder de que se ha despojado, de ese prestigio que ha hollado con sus pies, un hombre sea cual fuese, es siempre débil, su accion no alcanza ni alto ni muy lejos, necesita por consiguiente otros hombres alrededor de él; esto es lo que debia tener el Señor del mundo. ¿Quiénes serán estos hombres, hermanos míos? Yo no os digo que nuestro divino maestro buscase capitanes ilustres, para llevar sus ideas por el universo en la punta de sus espadas, nos os digo que pidió riquezas con que

comprar naciones; iba á fundar un imperio que ni se vende ni se compra; y ni el oro, ni la espada tenían que hacer en la obra que meditaba. Se trataba sobre todo, de una trasformacion verdaderamente moral. Eran los pensamientos y las ideas con lo que se habia de trabajar. Pero observadlo bien, las ideas no obran solas, las ideas no se hacen eficaces, sino moviendo el resorte del corazon humano, y recibiendo la levadura de la palabra. Era, pues, necesario para el Salvador del mundo, en la suposicion de que no fuese mas que hombre, era necesario para realizar esta grande obra, no de hombres ordinarios, sino de hombres superiores, es decir, colocados sobre los otros hombres. ¿Por qué necesitaba de hombres superiores, hermanos míos? Porque toda gran trasformacion moral se hace siempre de arriba abajo y jamás de abajo arriba. El curso de las revoluciones, de las trasformaciones morales, se asemeja al curso de los rios; descendiendo pero no remontando; si quereis hacerle remontar contra sus leyes, se dispersa y se pierde en las áridas arenas. Así es que todas las trasformaciones que quieren comenzar desde abajo no alcanzan al objeto, ni son eficaces. Necesitaba, pues, nuestro divino Salvador, hombres que estuviesen en alto, hombres superiores. Pues bien, yo os pregunto, ¿dónde ha ido á buscar á los hombres de que ha querido servirse? ¡Cosa admirable! no solamente no mira á las alturas para buscar en ellas eso hombres que marchan con la cabeza levantada, no va á buscar hombres de genio para en cierto modo encarnar en ellos sus ideas y sus pensamientos y derramarlos con toda vitalidad en el alma de las muchedumbres; no, en vez de mirar hácia lo alto, mira á lo bajo; vá á buscar hombres en la nada. Ya le veis, descendiendo, y descendiendo hasta el último limite de la humanidad, hasta que llega verdaderamente á la nada de la gloria, á la nada del poder, á la nada de la riqueza, á la nada de la con-

sideracion, á la nada de todo: llega á los apóstoles. Allí se detiene, y elige esta nada para trasformar el mundo. Por segunda vez llama á la nada para hacer una creacion, y la nada le responde por segunda vez: los apóstoles han venido. Si, pero ha mandado á esta nada precipitarse sobre lo que existe, sobre el ser, y destrozarle, eso es lo que quiso. Pretendió hacer una trasformacion moral de abajo arriba, y esto, hermanos míos, ¿con qué? con la nada como fuerza, con la nada como jefe, con la nada como ministro, con la nada por toda fuerza; en una palabra, ha hecho, pues, un milagro.

Oh! si, hermanos míos, así lo creo en la luz que se me aparece, que es preciso haber perdido el sentido para no ver en esto un milagro eminente, un milagro de poder, que atestigua que Jesucristo es un Dios ó un milagro de eminencia que no sería ni aun hombre. Entre ambas hipótesis, observadlo bien, hermanos míos, la razon nos obliga á elegir. Pero ¡oh mi divino maestro! nuestra eleccion está ya hecha; y del fondo de nuestras conmovidas almas todos nosotros os decimos trasportados como el apóstol San Pedro: Ah si, vos sois verdaderamente el Hijo de Dios. *Tu es Christus filius Dei vivi.*

Pues bien, hermanos míos, cuando se ha encontrado una fuerza para obrar, decia yo al comenzar, se necesita tambien encontrar un punto de apoyo, y esta segunda condicion es acaso mas difícil que la primera; esto es lo que hacia falta á un antiguo, á Arquímedes, para levantar el mundo físico. Pues bien, hermanos míos, para levantar el mundo moral, se necesita tambien de un punto de apoyo. ¿Dónde se encontrará? Evidentemente que en la humanidad misma. Hay que tomar este punto de apoyo en el corazón de la humanidad, hay que tomarle en el corazón del siglo. Hay que tomarle en el corazón de nuestra misma humanidad, con el fin de que el movimiento que se le haya de imprimir pueda durar,

sea perpétuo. Hay que tomarle en el corazón del siglo, con el fin de que el movimiento pueda comenzar. En efecto, hermanos míos, apoyarse sobre lo actual y sobre lo que es perpétuo, es decir, edificar á la vez sobre lo antiguo y sobre lo nuevo, es la gran sabiduría del hombre. Cuando se quieren hacer cosas eficaces y cosas duraderas, hay necesariamente que reunir estas dos condiciones: apoyarse sobre lo que está vivo, y apoyarse tambien sobre lo que permanece. Y nuestro Señor Jesucristo ha dado tambien en esta parte á la sabiduría humana un notable mentis. No se ha apoyado en la naturaleza humana, ni se ha apoyado sobre el siglo.

No se ha apoyado en la naturaleza humana. El mayor punto de apoyo que encuentran los novadores, los reformadores de nuestra humanidad, ¿sabeis cuál es, hermanos míos? la esperanza. El pueblo, así como los individuos, va siempre anhelante hácia alguna cosa desconocida que él llama y hácia la que se precipita; no se siente bien con el presente, quiere estar mejor, tiende hácia la felicidad, y para precipitarle, basta en cierto modo decirle su nombre y mostrarle su fantasma. En efecto, ¿para qué habiamos de obrar nosotros si no tuviéramos una esperanza? Nosotros tenemos siempre una esperanza; y por este medio es por lo que estamos seducidos y por lo que el pueblo tambien se deja tan fácilmente seducir, por este lado es por donde se apoderan del pueblo los novadores; y por esto en la aurora de una revolucion, todo es tan radiante en el porvenir, todo es tan sombrío en lo pasado. Escuchad sus discursos. ¡Oh pueblo! dicen, mira cuán oscuro es tu pasado; y al contrario, mira delante de tí cuán radiante es tu porvenir. ¡Oh pueblo! detrás de tí está la esclavitud; delante de tí está la libertad; detrás de tí estaba la miseria; pero delante de tí está la felicidad. Adelante, dá algunos pasos, dá algunos golpes con tu brazo, y tendrás la felicidad. Y bajo un punto de

vista, hermanos míos, tienen razón.

Os hacia observar, que el mayor resorte que podían emplear los hombres para obrar grandes movimientos, es la esperanza del porvenir, es ese gran resorte del valor. Ved, sin embargo, á nuestro divino maestro que hace precisamente lo contrario. En vez de dar á sus enviados esperanzas humanas, viene en cierto modo á anular todas las esperanzas y á destruir con su mano todo los resortes del valor. Escuchad su discurso; «amigos míos á vosotros es á quienes he elegido para verificar la trasformacion mas grande que medito; pero escuchad el duro destino que os aguarda. Amigos míos, el mundo os aborrecerá, porque yo tambien hé sido aborrecido del mundo. Los discípulos no valen menos que el maestro, os aborrecerán á causa de mi nombre. Marchad y estais seguros de encontrar el odio por recompensa; el odio no es bastante, la persecucion os aguarda tambien. Me han perseguido á mí, tambien os perseguirán á vosotros.

*Et vos persequentur.*—¿Y qué, oh maestro, el odio, la persecucion por haber predicado vuestra palabra, por haber salvado al mundo? Oh! amigos míos, con estas dos esperanzas yo os dare una tercera; la persecucion no es bastante; será la carrera de toda vuestra vida, como lo ha sido de la mia. Pero mirad; al fin de esta carrera, la muerte, la muerte os aguarda! Os matarán, amigos míos, si, os asesinarán, y cuando os hayan asesinado levantarán al cielo sus manos teñidas en sangre; y creerán que el humo de esa sangre sube al cielo como el humo del incienso, y creerán que Dios se complace en respirarlo. En fin, no os desanimeis, pues tengo una cuarta esperanza que daros todavía.

Hay una cosa que hace retroceder á todos los hombres, que causa terror aun á los más ambiciosos; que hace fracasar los mayores proyectos; á saber el desprecio; apues bien, amigos míos, vosotros seréis despreciados.

Cuando os hayais sacrificado, cuando hayais cosechado el odio, la persecucion y la muerte, pasareis por locos, que no tendrán ni aun al morir, el honor de saber lo que hacian.» Pues bien, hermanos míos, ¿creéis acaso que esta es opinion mia? No, no, esta es la opinion de nuestro divino maestro. Eso es lo que da á sus discípulos por estímulo; la esperanza del odio, de la persecucion, de la muerte, y sobre todo del desprecio. ¡Ah! si pudiera al menos llegar un rayo de gloria á iluminar su suplicio: entonces acaso se sentiria la fortaleza de esperar los homenajes de la posteridad, desde lo alto del patíbulo adonde se sube para verter su sangre. Pero cuando se dispone uno á morir, cuando uno muere en efecto, ver que cae todavía sobre sí el desprecio del género humano, ¡ah! esto es demasiado.... Oh, Dios mio, si no hubiérais sido mas que hombre, no hubiérais tenido este pensamiento. Si no hubiérais tenido, sino hubiérais tenido en vuestra mano un cielo y una eternidad que dar, ¿cómo podiais esperar que los hombres que encontráseis delante de vosotros habian de querer marchar bajo el peso de esas terribles promesas? vos lo habeis esperado sin embargo; porque tambien vos no sois hombre sino que sois Dios: *tu es Chistus filius Dei vivi.*

(Se continuará.)

## ANUNCIO.

Se vende una Concepcion de Murillo, copia nueva cuyo cuadro original existe en el Real Museo de Madrid, su tamaño es de 3 pies 3 pulgadas de alto por 2 pies y 9 pulgadas de ancho, su precio es 280 rs. El que guste verla pasará á la librería de Fando calle Ancha, Toledo.

TOLEDO.

IMPRESA DE SEMERIANO LÓPEZ FANDO,  
CALLE ANCHA, NUM. 34.